

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

EL PAPEL DE UN MAESTRO
Salida de sol del 15 de abril de 1963

Si el hombre no se conoce bien, sus fuerzas y sus debilidades, sus capacidades y sus insuficiencias, no puede obtener gran cosa en la vida, ni tener relaciones armoniosas con las demás creaturas, y de ahí se derivan para él complicaciones, choques, peleas. Podemos hacer incluso esta observación: que todas las anomalías, todos los acontecimientos negativos, catastróficos, que ocurren en el mundo son debidos a esta falta de conocimiento de sí. Todos se equivocan sin cesar respecto a lo que son, a lo que representan, y esto es muy grave. Las empresas, los matrimonios, las asociaciones, todo lo que hacemos corre peligro de no tener éxito si, en la base, no hemos puesto un conocimiento claro de nuestro propio carácter y del carácter del otro. La sabiduría empieza con el conocimiento de uno mismo.

¿Pero cómo conocerse? El hombre está provisto de los órganos necesarios para el conocimiento, sólo que está construido de tal manera que no puede verse. Ve el mundo exterior, ve a los demás, pero no se ve a sí mismo. Para poder verse, necesita un espejo, la superficie del agua o un objeto que refleje su imagen. Tiene que verse, pues, a través de los demás. Pero, como los demás nunca son completamente lúcidos ni desinteresados, no pueden ser espejos impecables y le devuelven, por tanto, una imagen deformada de sí mismo. Por razones de las que son raramente conscientes, los hombres tienen simpatías y antipatías, y exageran, por tanto, las cualidades y los defectos de los demás. Si alguien es su enemigo, le resultarán antipáticos y, por consiguiente, amplificará sus defectos hasta el punto de que no les va a dejar ni la más pequeña virtud. “Puesto que es así, dirán, vamos a leer libros para conocernos.” – Muy bien, pero todo depende de los libros que escojan y hasta qué nivel los van a ayudar a conocerse. – Pues bien, iremos a consultar a las videntes, ellas nos dirán lo que somos. – ¡Ay! ¡Ay! Se equivocan, justamente ahí es donde les van a dar las imágenes más deformadas: van a darles coba, a describirles un futuro glorioso, con

seducciones, bodas, riquezas, y vivirán, más que nunca, en las ilusiones.”

“Pues bien, será la vida, entonces, la que nos va a enseñar a conocernos.” - ¡Ah!, sí, ya lo creo, sólo que van a necesitar mucho tiempo y, además, les va a costar muy caro, se conocerán un poco mejor, pero los daños producidos serán irreparables. El medio que yo les aconsejo, el más económico, el más sabio, el más eficaz, es que pidan al Cielo que les ponga ante un espejo perfecto, es decir, ante un ser de una gran abnegación, de un gran desinterés, que no tiene ningún interés en extraviarlos, en engañarlos, en aprovecharse de ustedes, y este espejo no es otra cosa que un verdadero Iniciado. Encuentren a un Iniciado y pregúntenle: “¿Qué es lo que yo represento? ¿Qué hay en mí? ¿Cuáles son las debilidades que debo combatir, y las riquezas y los talentos que debo desarrollar? ¿Para qué trabajo estoy predestinado?” Y él, que es desinteresado, entrará en comunicación con el Cielo y les dará unas respuestas impecables.

Ahora bien, si este espejo se pone a reflejar algunos de sus defectos, ¿deben acaso ponerse furiosos contra él? Al contrario, deben dar gracias al Cielo y decir: “¡Cuántas catástrofes voy a evitar!, ¡cuántas desgracias voy a ahorrarles a los demás y voy a ahorrarme yo mismo!” Pero los humanos no quieren verse tal como son, prefieren engañarse, recibir cumplidos, quedarse con las mentiras, las ilusiones, y por eso un Iniciado renuncia a decirles la verdad: “No - se dice -, es demasiado arriesgado, no se le puede decir nada, será la vida misma la que le enseñe todo.”

¿Qué querían?, los hombres no quieren conocerse, ya se han formado una opinión extraordinaria sobre sí mismos, se han fabricado una torre de marfil en la que se han encerrado, hasta el día en que es la vida misma la que viene a derribarlo todo y a mostrarles su error. Un Maestro ya sabe de antemano lo que le espera cuando abre la boca. Lo que van a responderle no es: “Tiene usted razón”, sino; “No, de ninguna manera, usted se equivoca, esto no es así.” Así que el Maestro se equivoca, ¡y ellos no se equivocan nunca...! Pues bien, el Maestro les deja ahí donde están, y ellos, los pobres nunca van a salir del atolladero. ¡Por eso, a menudo, un Maestro se siente tan inútil!

Todavía están lejos de comprender el valor de un instructor, ¡hay tantas cosas que tienen más valor para ustedes! Cosas que los hacen desgraciados, que los enferman, pero no importa, ustedes las encuentran más importantes. Tampoco han comprendido nada sobre este asunto. El día en que tomen conciencia de lo que yo puedo representar para ustedes, para

su futuro, pensarán y actuarán de manera diferente. ¿Qué avance interior podrán hacer sin la luz? Verán un día en qué estado estarán con todas sus posesiones y sus placeres sin la luz que yo les aporto. Quizá pensarán que exagero mi importancia. Pero, aunque para ustedes yo no represente nada, para el Cielo, que me ha enviado, soy extremadamente importante. Más tarde lo comprenderán. Acepten, de momento, recibir esta luz y este amor con la esperanza de que, un día, sus ojos se abrirán.

Nunca les he hablado de esta manera, porque, ¿saben?, a mí me da igual que me aprecien o que no. Pero hoy les digo esto para que no pierdan más el tiempo por uno y otro lado. Lo hago, pues, para ayudarlos, para que logren, por fin, construir su futuro sobre bases sólidas. Si no, siempre estarán ocupados corriendo tras las menores cosas que reluzcan ante sus ojos y, cuando las obtengan, no les traerán más que desgracias, porque no tendrán esta luz que les habría permitido discernir lo nocivas que son. ¿Y por qué esta falta de discernimiento? Porque no habrán sido suficientemente conscientes del valor de un instructor perfectamente desinteresado.

Yo no tengo necesidad alguna de que la gente se incline ante mí, y, por otra parte, ya lo ven, siempre soy con ustedes sencillo, accesible, y hasta humilde y fraternal. Cuando estuve en la India, encontré en Darjeeling a un yogui muy célebre que dejaba que sus discípulos se prosternasen ante él como ante un semidiós. Un gran Maestro no debe permitir nunca semejante cosa. Se lo dije, lo que le puso furioso, pero al final lo aceptó.

Aunque tenga todos los poderes, un Maestro debe seguir siendo sencillo, y el hecho de que les haga tomar conciencia del valor de un instructor no va a cambiar mi actitud para con ustedes. Me gusta tratar a todos los hermanos y hermanas con respeto y amor. Aunque les diga algunas palabras sobre el valor de mi trabajo junto a ustedes, eso no va a hacerme cambiar. Quizá sean ustedes los que cambien; lo que sería, por otra parte, deseable, porque, cuanto más aprecien lo que les digo y lo pongan en práctica, más crecerán. Yo, de todas maneras, hagan lo que hagan, voy a continuar mi trabajo. Claro que me conviene que ustedes avancen, porque así tendré más amigos. Pero serán ustedes los que más van a ganar, porque plantarán unas semillas que un día darán frutos que podrán cosechar.

Cuando yo era discípulo del Maestro Petar Dunov, era muy pobre, no tenía nada, solamente una cama, un violín y algunos libros, y me pasaba semanas enteras en las montañas leyendo, meditando. De vez en cuando, iba a trabajar un poco para ganar algún dinero. ¡Si hubieran visto los

zapatos que llevaba! Y no tenía traje ni corbata. Pero era feliz, porque me sentía rico... rico por saber que mi Maestro existía. Tener un Maestro, no se dan cuenta, ¡qué felicidad, qué gozo! Sentía que, gracias a él, tendría el Cielo y la Tierra y realizaría todo lo más precioso que deseaba. Porque sólo un Maestro es capaz de ponerlos en comunicación con el Señor y con todas las jerarquías celestiales.

Aquí, en Occidente, la gente no se da cuenta de lo que puede representar un Maestro para la orientación de su destino, de todo lo que su presencia puede producir en su existencia, de todo lo que el Maestro puede mejorar, orientar, rectificar, armonizar. Tener un Maestro no les dice nada, porque saben que con él ya no serán demasiado libres para cometer locuras: el Maestro va a mostrarles el peligro del camino en el que se internan y, evidentemente, van a sentirse un poco frenados, lo que no quieren. Por otra parte, no hay que hacerse muchas ilusiones. Aunque encuentren a un Maestro y lo acepten, prefieren toda clase de bagatelas y de futilidades. El Maestro no es en su vida más que un pequeño adorno, una pequeña decoración. Y, sobre todo, le consideran como un criado que debe obedecerles: ellos son los verdaderos amos y su Maestro, el pobre, está ahí para satisfacer sus caprichos. Si el Maestro osa decir algo que no le gusta al discípulo, ¡van a ver la reacción de éste! El Maestro no tiene ningún derecho.

Únicamente los orientales saben apreciar el valor de un Maestro. Tienen necesidad de un Maestro para estimularles, para conectarles con el Cielo, y, cuando lo han encontrado, no dudan de él, no se oponen a él: para ellos es como el camino que va a permitirles alcanzar las cimas. Y, aunque no lo sepa todo, aunque no lo pueda todo, eso no tiene ninguna importancia para ellos: la imagen que tienen de él en su cabeza, en su corazón, es todopoderosa. Es este Maestro interior el que les abre las puertas, sin que a veces ni siquiera esté al corriente el otro, el Maestro físico. He ahí la prueba de ello. Cuántas veces hay hermanos y hermanas que me han dicho: “Estaba enfermo, pasaba por dificultades, por pruebas terribles; le llamé, y vino, me habló, y, después, todo lo que usted me dijo se realizó.” Y yo estaba asombrado, no estaba al corriente: ¿cómo es que yo no me di cuenta de nada?

Es que el discípulo lleva al Maestro dentro de sí mismo, en su cabeza, en su alma, y es este Maestro el que es fuerte, poderoso, el que puede ayudarle, consolarle, curarle. En cuanto a mí, ¿qué es lo que yo puedo hacer? Y cuando algunos vienen a contarme de esta manera lo que les

sucedió, yo estoy asombrado. Me digo: “Pero este Maestro que llevan dentro de sí es formidable, puede hacer cosas que yo no puedo hacer.” Así que, lo que cuenta, ¿ven?, no es tanto el Maestro mismo, sino lo que ustedes creen, lo que piensan e imaginan sobre él, la imagen que se hacen de él. Supongan que tienen ante ustedes a un Maestro todopoderoso, omnisciente, si no creen en él, si le juzgan pequeño, ignorante, débil, pues bien, nunca podrá ayudarlos. ¿Por qué? Porque lo único que cuenta es su forma de considerarle, su fe en él, ninguna otra cosa. Como se dice en los Evangelios: “Que te sea hecho según tu fe.”

Yo también tengo siempre necesidad de un Maestro. Si no tengo Maestro, estoy perdido, y los admiro a ustedes, que pueden manifestarse y trabajar sin un Maestro. Yo nunca lo he logrado. Tengo necesidad de un Maestro, ¡es increíble!... y tengo uno. El día en que se manifieste verdaderamente, lo conocerán. ¿Y quién es este Maestro? Es el Maestro de todos los Maestros. No les diré más.

* * *

